

RAMON H. JURADO

# UN TIEMPO Y TODOS LOS TIEMPOS



COLECCION LÓPEZ DE

MAC

un tiempo  
y todos los tiempos

# **INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA**

**Director General:**  
*Prof. Jaime Ingram*

**Director de Extensión Cultural:**  
*Prof. Justo Arroyo*

**COLECCION MULTIPLE**

**FOTO: DIOSSELINA**

**DIBUJO DE PORTADA: RICARDO R. MATA**

RAMON H. JURADO

**un tiempo  
y todos los tiempos**

INAC  
PANAMA  
1975

*A Gilma Raquel*  
*Ramón y Bertilda*

## HERENIA, LA LEJANA

A Boris Zachrisson

Me aproximé con sigilo. Seguro estoy que no sospechaba mi cercanía. Sin embargo, con precisión increíble, tornó el rostro, clavándome sus ojos hondos, tristes como la distancia. Mirándome indefinidamente, sin asombro por mi insólita aparición, dijo bajo la mirada imprecisable:

—Vienes como desde el tiempo.

Me aterró semejante recibimiento. En realidad habían ocurrido tantas cosas que, en cierto modo, éramos sobrevivientes. En el mismo tono de cansancio agregó:

—Dónde estuviste toda esta eternidad?

Me resultaba difícil encontrar respuesta para sus palabras. Me llegaban envueltas en un aire de fatalidad y no encontraba el modo de penetrar esa densa soledad que la envolvía.

—Ni yo mismo lo sé.

Y como si no hubiese entendido mis palabras, insistió:

—Qué te trajo desde tan lejos?

—No me encontraba lejos— respondí de inmediato tratando de romper el halo fatal que la arrastraba.

—Ah— dijo. —Yo te veía caminando siempre hacia mí, siempre, de día, de noche, a todas horas y nunca he podido comprender por qué no llegabas.....

—Soñabas y a veces los sueños pierden....— Y como si hablara con otra persona, expliqué: —Jamás podríamos encontrarnos porque andábamos por mundos distintos.

—Es cierto. —Y como si su voz me llegara con neblinas: —Han pasado tantas cosas.....

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—Y eso qué soluciona?

—Nada. Pero conversar ayuda....

—Es cierto.

Tras esas palabras, se abrió un espacio. Yo sentía que no sólo era obra del silencio que se alargaba en ese atardecer sin luz ni ruidos, sino algo físico, sólido, como si sucesivas olas de tierra nos alejaran. Entonces sentía que desde esa otra orilla en donde ya se desdibujaba me llegaban sus palabras. Eran hojas enloquecidas que vientos extraños lanzaban contra mí.

—Crees que la muerte rejuvenece? — la oí decir desde tan lejos.

—No sé. Todo lo que tiene que ver con la muerte es misterioso...

—Pues sí, rejuvenece— me replicó, segura de sí. Y prosiguió: —Recuerdas la noche aquélla, la última en que tú y yo nos vimos, cuando inesperadamente apareció ante nosotros...?

Reconstruyo el grotesco espectáculo. Ella, muy junto a mí, hablaba cosas de su inmensa imaginería. De pronto surgió él, frente a nosotros. Ella no hizo el más leve movimiento. Ni siquiera cesó de hablar. Cuando se detuvo fue para levantar lentamente la mirada hacia él y sostener el silencio. Entonces, no sé si asustado por su irreverencia o decidido a lo irreparable, dijo: “Decídetes. Te quedas con él o vienes conmigo”. El, allí, de pie, muy cerca, aguardando el infinito; ella, con la mirada perdida en su rostro agredido por las sombras, silenciosa también, y el tiempo paralizado. Entonces, con esa misma voz que ahora me habla, dijo: “Espérame”. Y volviéndose a mí, simplemente agregó: “Adiós”. Desde entonces son muchos los años transcurridos.



—Desde luego, la recuerdo— respondí como quien despierta.

—En ese momento decidí de una vez por todas mi vida. Cuando me alejaba hacia él y permanecías a mis espaldas sentí que un manojo de hilos azules —por qué serían azules?— se rompían uno a uno. Cuando estuve a su lado, ví cómo te devoraba la lejanía.

Hizo una pausa como de ausencia y yo la oía, sin atreverme a interrumpirla, porque su voz me llegaba desde la otra orilla. Siempre con un dejo indeciso entre el cansancio y la agonía, prosiguió:

—Vino aquello horrible del matrimonio y los enormes años. Los días como desiertos... las noches eran silencios largos donde los recuerdos ni siquiera se aproximaban.

Volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

—Recuerdas bien cómo era?

—Sí.— respondí.

—Era normal. Más bien feo, pero de un contorno agradable. Y como tú...Es más...diría que era más joven.

—Es posible.

—Pues bien, un día cualquiera descubrí un hecho curioso. Lo encontré en un detalle insignificante, tan insignificante que no puedo memorizarlo. Pero era evidente el acontecimiento: Envejecía! Envejecía ardientemente. El descubrimiento desató en mí una insana curiosidad. Desde ese momento me di

a perseguir la más mínima señal en su rostro, en su andar, en sus brazos. Así constaté, por ejemplo, que los ojos se le achicaban; que los brazos enflaquecían vertiginosamente; que la cara se le encogía se achicaba velozmente. Era un proceso raudo, sencillamente monstruoso. En ocasiones le decía: “Te sientes bien? Y él respondía: “Perfectamente”. Yo lo acosaba: “No te notas nada extraño?” “Absolutamente”— respondía mientras me reprochaba: “Tu siempre andas viendo cosas”.

En este momento hizo una larga pausa, buscando sabe Dios qué recuerdos en el horizonte. Yo no atinaba a decir nada, ni a tocarla siquiera, porque para entonces, crecía en mí la convicción de que no era otra cosa que un recuerdo que me hablaba. Regresó desde lo más extraño y dijo, mirándome, por vez primera, fijamente a los ojos:

—Yo te diría que fue cuestión de días. Envejecía atterradoramente. Era tan obvio el hecho que todos callaban por compasión. Sólo él no percibía cuanto le estaba sucediendo. Nosotros lo atribuíamos al exceso de trabajo porque, evidentemente, se entregó al trabajo con frenesí morboso. Era un trabajador perseguido por la fatalidad. Era el esfuerzo tenaz, agotador, sostenido, sin éxito. Daba dolor contemplar su afán inútil, ese diario comenzar, ese desesperado entusiasmo por empezar lo que siempre concluía en fracaso. Y él no parecía comprender cuanto le sucedía, que a cada nuevo día, que al final de cada nuevo intento, su situación era más desesperada. Un día me dijo:

“—Quiero que tengas todas las cosas en orden.

“—Qué cosas? —, le pregunté.

“—Las cosas, pues”— fue toda su respuesta.

—No mucho tiempo después, me dice en tono grave aún, pero sin ceremonias:

“—Toma este dinero y consévalo. Puede serte útil en cualquier momento.

“—El dinero siempre es útil en todos los momentos”— le respondí yo sin comprender si había algún significado oculto en sus palabras.

“—Yo sé lo que te digo”— agregó por toda explicación.

—Nunca supe la cantidad y por mucho tiempo olvidé definitivamente en dónde lo había colocado. Sólo aquel día, como iluminada por un reproche, recordé con una precisión increíble el sitio en donde se encontraba el dinero, cuya utilidad era en esos instantes, precisamente, desmesurada. Por esos tiempos los rastros de la vejez se le acumulaban apresuradamente por todo el cuerpo. Sabes...? Me duele y me desagrada hablar de estas cosas...

—A veces conviene hacerlo.

—Es cierto —repetió como en la primera ocasión.— Por eso lo hago ahora. Así, pues, sobra decirte que poco era lo que quedaba ya de su porte elegante, de su pelo rojizo, de su piel tersa, porque la ancianidad lo devoraba sin piedad. Era algo grotesco, indescriptible. A tal punto había avanzado el misterio que no era fácil reconocerle. Sólo él ignoraba cuanto le estaba ocurriendo. ¿Lo ignoraba en verdad? Un día salimos con un propósito definido que ahora mismo no recuerdo. No bien nos alejamos de la casa, me dijo:

“—Debo regresar. Olvidaba que tengo una cita y necesito unos papeles que están en casa.

“—Te acompaño— le dije.

“—No hace falta —replicó—. Es necesario que cumplas cuanto antes ese encargo. Te veré luego—”.

—Sin más explicación detuvo el auto y regresó a casa mientras yo tomaba rumbo distinto. Anduve sin concierto por muchas partes. Algo me incitaba a no regresar. Pero un desasosiego mayor me indujo a volver y así —alzó hacia mí sus ojos— a poca distancia de la casa una aglomeración insólita me previno de lo sucedido. Una voz vecina me dijo: “Herenia, no sigas”. Ya no tuve dudas. “Si yo no quiero seguir —le respondí.— Me quedaré en su casa”. Cuando la multitud se desvaneció y todo parecía plácidamente normal, me encaminé a casa envuelta en una absoluta serenidad. Todo estaba igual allí. Hasta pensé que sólo habían sido alucinaciones, estorbos de los presentimientos. Estuve recorriendo la casa, lenta y maliciosamente, buscando algún signo que aplacara mis temores, mas nada delataba el acontecimiento. De pronto, un lamentable descuido de quienes quisieron privarme de cualquier horror, me situó frente al suceso: desde la puerta del baño, comenzaba a avanzar hacia la sala un hilo de sangre. Fue el presagio de la revelación total. Entonces alguien, ante lo irreparable, me dijo cuanto sucedió.

En ese momento comencé a sentir extrañas sensaciones en mi cuerpo, particularmente en la cara. Pequeños y sostenidos tirones bajo los ojos me hacían pensar que mi piel se estiraba. Semejante era la sensación de que se me amontonaban las arrugas. Pero esta angustia creciente se detuvo cuando nuevamente me sujetó la voz transparente de Herenia:

—Sólo volví a verlo en los funerales. Te juro que no me atrevía a aproximármele. Sin embargo, en cierto momento, algo me levantó de mi asiento y me condujo a él. Entonces lo miré detenidamente, sin asombro y sin agonías. Aquí, sobre la sien derecha, la sombra de una mancha indicaba el sitio por donde penetró la bala. Sólo eso. Pero lo insólito, lo profundo y adorable era que, así, en plena muerte, su rostro estaba envuelto en una tersa juventud. Habían desaparecido las arrugas monstruosas. La boca deformada por la ancianidad, recobró su juvenil encanto; el pelo volvió a su color rojizo, en fin, te digo, que nunca fue más joven ni más hombre que entonces, cuando la muerte había apartado de su rostro la angustia terrible de vivir...

En ese momento me levanté de improviso, aturdido por una terrible convicción, por una certidumbre que se volvía horror. No eran los huesos, ni el alma. Era mi piel la que se transformaba; sentía que el tiempo se arremolinaba en mi rostro haciendo surcos, arrugas, ojeras, manchas, escamas... Eran años y años que me aniquilaban el rostro y encogían mi cuerpo. Ya, entonces, no tuve dudas. Caminé despavorido, sin propósito, como si huyera de algo, hasta que, sin saberlo, me detuve frente a los cristales de la ventana. Allí, el temor me hizo piedra. El presentimiento me entumecía, sin que me atreviese a levantar el rostro. Finalmente, cuando de nuevo intentaba huir, tropecé con mi cara en el cristal. Fue lo último. El estupor definitivo. No había envejecido. Mi rostro estaba igual. Al volver la mirada hacia ella, lo comprendí todo: la ancianidad la había devorado.

Panamá, Enero de 1975

## PIEDRA

A Francisco Clarck

Pelo corto y ojos grandes de aceituna. Un hombre cualquiera diría: bonita. Pero yo —que he recorrido todos sus caminos; que sé de su vientre agitado; que he padecido sus noches histéricas— aseguro que no es bonita.

No fue ayer. Es del tiempo en que sus curvas se iniciaban. Cuando el tono claro de mis ojos no se habían acentua-

do. Y, desde entonces, nunca más la he vuelto a ver. Pero sé que es la misma: con la ligera cicatriz tras la oreja izquierda y la insoportable costumbre de mascar goma. No sé por qué la pienso ni por qué la escribo. Tal vez todo sea la justa reacción de un hombre desvincijado. Recuerdos de una época definitivamente muerta que se apodera a saltos de la memoria y de lo que resta de mí en este desván, —mi último aposento— que llueve polvo y que estrecha, hasta desesperar, este estante medioeval poblado por ratones irreverentes. Por eso, estos estremecimientos, muy semejantes a su advenimiento: ella llegó como crecen los ríos, como aparecen las nubes.

A la sombra del viejo árbol que hay en el patio, tía Panchita me hablaba.

—Debes irte; tienes que irte! Nada vas a hacer en este pueblo. —Yo la miraba. Realmente tenía razón. Pero me pregunto: de haberme quedado, habría sabido de estos huesos míos petrificándose? De mi sangre granítica? Ayer caí porque intenté caminar como antes lo hice por los llanos, por los montes, por las calles. Y ni siquiera calculé la distancia. Pero mis huesos en la noche se habían endurecido aún más y caí. Pienso a veces que mi tía tiene parte de culpa en este desván para lagartijas que abriga mis últimas incertidumbres.

—Si tía, me iré. Antes de la primera luna de mayo— señalé con mi vieja manía de imitar a los indios,

Fue en ese momento. Precisamente en ese instante, apareció ella:

- Cómo está, señora Panchita?

—Clarita! Usted por aquí? Pase. Siéntese.

Para la trascendencia que aquel momento tuvo en mi vida, aquella impresión fue trivial. Desde entonces comprendí que no era bonita. Pero sus ojos de aceituna me miraron. Fue como si hubiesen encontrado algo que siempre buscaron. —Yo la miraba también, pero sin fuerzas: como si fuera innecesario mirarla cuando ella me miraba.

—Qué toman? — preguntó ansiosa.

Mi tía, más obsequiosa que siempre, con su vocecita de apremio, explicó:

—Anís, Clarita.— E hizo ademán de buscar en la botella que sabía vacía.

—Ay, Dios mío —continuó— qué casualidad! Se acabó! Pero tómese el mío, vea, no lo he tocado...

—No gracias, señora Panchita— dijo maliciosamente, —yo quiero de aquella copa. —Señaló la mía. La verdad es que esperaba eso. Pero no sé por qué, la forma en que lo dijo, —quizás eso— lo obscena que me pareció su mirada me atesoró de dudas.

—De mi copa?

—Sí, de su copa— afirmó clavándome los ojos.

—Espere un momento, también tengo sed—. Y apuré unos tragos. Cuando quedaba poco en el cristal, empujando la copa sobre la mesa, agregué: —Tome, pues—, fue el último de mis gestos hidalgos.

Me miró:



--Para saber sus secretos -- dijo.

Ella primero. Después el tiempo, este desván inmundado, mis huesos de piedra. Confíole algo el licor la noche aquella? Tal vez vio en mis ojos los augurios de esta enfermedad sin cura? Quién pudiera decirlo! Quién supiera explicar la fuerza que tiene esa luz verdosa que a veces me despierta! Será sólo el dolor de mis huesos estirándose? Voces hay que me atormentan. Quejas oigo y no sé si son las mías. Creo que son voces y quejas que navegan en el tiempo espeso de este cuarto. A veces estoy seguro de que las aguas siguen moviéndose. De que el viento nunca puede detenerse. Más, cuando veo mis dos piernas inflexibles, sé que todo es rígido. Que esta oscuridad de mi cuarto es prueba de que la tierra no se ha movido más. También las líneas de la ventana cerrada son siempre las mismas. La mesita firme. Las aristas frías, inmutables. Los ratones del estante no se mueven. Ese chillido terco es porque no pueden moverse. Sus patas también se van estirando y chillan porque sienten en la noche, y siempre es de noche, los pequeños traquidos de sus huesos enfureciéndose, endureciéndose, para hacerse de piedra. Pronto serán como yo. Como la mesita. Todo dentro de mi cuarto es recto, tiene que ser recto. Recuerdo:

Por qué ríes?

--No sé, tengo ganas.

--Pero, de qué? Uno siempre ríe de algo.

Cerrándome los ojos decía:

--Será del pájaro aquél. No crees que debiera volar hacia otra parte?

No había pájaros. Casi siempre sucedía eso en los días profundos, claros, cuando realmente el cielo era infinito, azul.

–No rías, por favor.

–Tengo ganas.

–No quiero!

–Majadero, por qué no quieres que ría?

–No podría decírtelo, Tu risa es...Bueno, no sé. No quiero que rías así.

Entonces estallaba en carcajadas. Mas en eso sorprendí la causa: un hombre la miraba y fue aquella la única vez que me atrevía a gopearla.

Una noche, repentinamente, me sentí cansado. Estaba en el parque y pasaban los mismos carros. Me invadió en la pierna derecha una sensación de rigidez, de frialdad, como si la sangre se detuviera al tocar las ingles. Espantado eché a andar. Y lo hacía tan bien que esa noche tuve ganas de caminar hasta que el sol apareciese. Mas al doblar la madrugada, el sueño me sometió. Cuando desperté, sentí como si un cuerpo extraño –una varilla– hubiese ahuecado en mi pierna. Pero aún podía caminar bien. Después, la desesperación. Sentir que el cuerpo se va haciendo de piedra. No tener la sensación que da la sangre. He vivido momentos en que he deseado cortarme, abrirme las venas para saber si aún corre sangre. No me he atrevido. Si no hay, Dios mío, si no corre? Qué hacer con este bloque de piedra que va cuajando dentro de mí? Pronto estará en las caderas. Sube. Lentamente, pero sube. Luego será el pecho. Después las manos. No, las manos no. Qué haré en este

desván sombrío sin mis brazos? Que sea la lengua, el cuello, cualquier cosa; pero los brazos, no! Por favor, no me los toquen. Ja...ja...ja... Mis brazos como cuernos de toro. Menos que aspas de molino. Como lanzas sin puntas y sin fuerzas, agujereando mi noche larga, mi noche de ratones. No, mis brazos no. Imposible. Cómo decir entonces que...

—Dónde estabas?

—En la casa. No he salido.

—Mientes. Te fui a buscar y no te encontré allí. Me dijeron que habías salido.

Soltó a reír. Me enfurecí. Como seguía riendo, la empujé. Cayó a la cama. Escuché algo así como un llanto. Comenzó a reír nuevamente. La lancé otra vez sobre la cama. Al resbalar el traje, sus muslos brillaron. Miré a la cara y sonreía. Aquella vez la noche fue caliente como los arenales de los ríos a la hora del crepúsculo.

Sucedió al siguiente día. Iba al estudio. En el camino dijo:

—Me quedo aquí. Voy a comprar una cartera.

Me besó en la frente y se alejó.

En el estudio un repentino malestar me asaltó. No podía trabajar. Por qué no me quedé? Por qué no pude esa tarde concluir el cuadro de su "Risa"? Salí hacia ninguna parte. Fue entonces cuando entré al teatro aquel. No sé por que lo hice, pues en esos momentos nada tenía interés para mí. Iba tras

algo que resultaría parte de mi total desgracia. Por ello, no necesité que me guiaran: obedecía.

Una risita al lado. Una risita fría, burlona. A mi lado. Precisamente a mi izquierda. La piel se me pobló de erizos. Supe que era ella. Quise huir. Sentarme lejos. Salir de aquel teatro. Pero se besaron. Sí, porque había un hombre con ella. Me sentía en una silla de espinas. Otro beso. Huir, huir, no saber nada, era lo que quería. Mas, precisamente entonces, se encendieron las luces. Ella, que ya me había visto rió más fuerte. No me atreví a mirarla. En ese instante comencé a petrificarme. Me levanté. —no me miraban todos los del teatro, no se reían? y me dirigí al estudio.

Entonces comprendí toda la desesperación del pozo que no mana. Del poeta sin imágenes. Del hombre incompleto. Mi cuadro estaba allí. La nariz sería pequeñita. Los ojos como los de ella. La boca sólo la risa ésa, esa risa corta, fría, como aguja ardiente. El pincel en mi mano. Su risa también. La tengo en la punta de los dedos, en el metal, pero mis manos tiemblan. Tiemblan con una fuerza aterradora, imposible de controlar. Pero terminaré hoy. Tiempo hace que busco esta expresión y ahora la tengo. Por eso tiembla mi mano. Allí la tela complacida. Ya reirá. Levanto el instrumento. Lleva la expresión feliz.

Ahora el lienzo tiembla...Horror. Cuatro trazos absurdos... qué ha pasado?

Miro la obra. No, no; eso que hay allí no es risa, ni es nada. Corregiré.

Atenuando estas líneas y acentuando acá, resultará. Pero la mano tiembla, más fuerte, más desastrosamente fuerte. Tiene que ser hoy. Si no, nunca. Me aproximo. Mas...Señor, qué

sucede? Ese no es el gesto, esa no es la expresión que yo buscaba. Esa cara ríe, se burla. Ese no es el semblante que saltaba en mi mano...que palpitaba en la paleta. Bien! Olvidémoslo! Mis brazos se han tranquilizado y mis nervios se sosiegan. He lanzado el lienzo a la calle. Esa figura no tenía cabellos.

Hace muchas lunas de eso. Si mis brazos se quedaran tensos agujereando la noche, nada podría decir. Gracias a un amigo que había olvidado, me prestaron este desván para que terminara aquí mis días, olvidado por la memoria del mundo. Así ha sido. Mi carne se está haciendo piedra y el mundo sólo sube a veces en el ruido de un auto o en la campana de algún carbonero. No giro. Soy un hombre sin planeta. Tres veces al día una mujer trae la comida. No habla. Llega directamente hasta la mesita y regresa. Algunas veces no quiero verla. Siento que se mueve y entonces cae sobre mi nuca el peso de su mirada. Dirá algo? .Secará sus ojos con el delantal? Nada importa. Hace tiempo estoy sin Dios. Un año llevo sin moverme y la gente de abajo —la mujer que trae la comida— querrán que me muera. Y eso —yo lo digo— será muy pronto. El nuevo huésped nada sabrá y la vida seguirá sin que importe el doblar de las campanas. Ya están rígidas como yo, la cama, la mesita, la ventana que no abre. Y pronto los ratones. Será la hora. Quedaré firme como sepulto en una pirámide. La muerte irá subiendo poco a poco. Ya toca las ingles. Al final todo será oscuro y sólo sentiré un frío intenso. Nadie sabrá nada. Hasta que un ratón aventurero encuentre a sus hermanos de piedra. Dará la noticia. Habrá murmullos. Conversaciones. Mas, ya nada podrá impedirlo: La piedra seguirá siendo piedra.

Panamá, enero de 1944

## EL HILO DE SANGRE

Aquella tarde, como de costumbre, el Pando salió al filo de las cuatro con su cargamento de quesos. Fue de un lado para otro, sin que nadie se interesara por su producto. Pero había más: Pando no veía a la gente. Entró a la cantina, pasó por el billar, llegó hasta la tienda del viejo José Pablo, pero era como si a todo el mundo se lo hubiese tragado la tierra. Vueltas y más vueltas por el pueblo y las cajas llenas de quesos.

Serían las seis y media cuando mordido por la intriga entró nuevamente en la cantina.

—Bueno, me dirá usted, señor Tita, si me hace el favor, qué ha sido de la gente de este pueblo?

—Así que no te has enterado de la desgracia...?

—Desgracia? Cuál desgracia, señor, si no es mucha la molestia?

—Ah, pues, la muerte de Sebastián!

—De Sebastián? El Patuleco....?

—Cállate, muchacho! Inquietar a los muertos es blasfemia.

—Vaya pues, así es que se murió el Patuleco —repetía el Pando hablando consigo mismo— Con razón estaba el pueblo tan quieto.....Y me puede decir, don Tita, —dijo volviéndose al cantinero— me puede decir a qué se debió la desgracia?

—A una rabia. Parece ser que en una discusión, Nicanor, el vecino, le gritó: “vaya Patuleco discutidor”, y allí mismo cayó el hombre muerto.

Pensativo abandonó el Pando la cantina. Recordaba las veces que Sebastián lo persiguió, machete en mano, porque él le gritaba Patuleco. Hasta preso estuvo una vez el pobre por el bendito sobrenombre: que el Señor lo tenga en su Gloria!

Y de pronto, casi que involuntariamente, soltó a reír: cómo no se le ocurrió antes? En el velorio, pues, vendería

todos los quesos. Lo dice el dicho! No hay mal que por bien no venga. Y camino del velorio el Pando sonreía mientras aparecían las primeras sombras del atardecer. Y reía solo. “Ah!, la vez que le dijo: “Patuleco, a usted le cabe una pelea de michos entre las patas”. Fue el susto de su vida, porque sacó el hombre piernas que no tenía para alcanzarlo; y en la corredera se le perdieron dos quesos y se le enredaron las cuentas.

Dio un rodeo y entró al velorio por el patio. Todo el pueblo estaba allí, silencioso, y con ojos de hambre.

–Buenas noches.

Lo miraron como si hubiese dicho una barbaridad.

Dejó la carga de quesos en el suelo y se acercó a un grupo que no parecía de dolientes.

–Quién lo iba a decir— comentaba uno. –Y tan lleno de vida que parecía el Sebastián.

–Esa es la voluntad del Señor.

–Y una rabia acabó con el hombre.

–Dicen que no estaba en gracia de la religión.

El Pando estuvo un momento indeciso. Después de todo, en los velorios también se come.

–No quisieran los señores comprar un quesito?

–No!



—A lo mejor reparten café y galletas.

—No!

Entonces se le ocurrió una idea: llevarle sus respetos al muerto y velarlo un rato. Es lo que se acostumbra.

—Con el permiso de los señores— dijo y se alejó hacia la pequeña sala alumbrada por cirios.

Se sintió un poco nervioso, ya que, llegando, tropezó con una doliente llorosa y el sombrero se le fue de las manos.

Hizo reverencia a los asistentes y se colocó a los pies del cadáver. Allí estuvo unos minutos hasta que de pronto se le erizó el cuerpo. Qué sería eso? Dio unos pasos más y contuvo la respiración: lo mismo. Inquieto, avanzó hasta poner la cara casi junto a la del muerto. Sus ojos se le abrieron grandísimos y los vellos del cuerpo se le encabitaron. Un murmullo se levantó en la sala y cuando el Pando volvió a la realidad, mil ojos le miraban coléricos. Se alejó presuroso hacia el patio y apartado de la concurrencia estuvo meditando largo rato. Lo decía? Pero, respetuoso, resolvió guardarse el secreto.

—Lo calladito que regresa el Pando— dijo uno y agregó: —que fue, muchacho? Otra zurra?

Salió de sus pensamientos con una sonrisa.

—Bueno, y se te acabaron los quesos?

—No señor, me quedan unos— dijo. —Si viera el punto de sal que tienen, cortaditos de esta mañana.

En pocos minutos, Pando había vendido más de la mitad de sus quesos y cuando todos distraídamente comían, el Pando dijo:

—Quieren que les diga una cosa?

—Qué cosa?

—Señores, ese hombre no está muerto!

—Cállate la boca, muchacho! No respetas ni a los difuntos!

—Que no está muerto, les digo!

—Ave María Purísima! gritó una mujer.

—Y sigue el muchacho con sus blasfemias!

Cerró la boca que se le atoraba de ganas de hablar. Para él, ese hombre no estaba muerto. No estaba....!

Pero era mejor callar hasta cuando hubiese vendido todos los quesos. Para lo que le faltaba....

Una hora después, volvió al grupo. Apenas llegado, alguien se le adelantó:

—Ya es que viene el Pando con sus cosas...

Dio media vuelta y regresó a la sala. Allí a los pies del muerto, se abandonó a una profunda contemplación. “Ese hombre no está muerto”. Se acercó más al féretro y suavemen-

te murmuró: “Sebastián, Sebastián...”. Entonces el cajón del muerto soltó crujidos terribles. Un griterío espeluznante surgió de las mujeres dolientes y del patio se aproximaron los hombres llenos de espanto.

—La caja crujía, la caja crujía! — gritaba histéricamente una señora delgada.

—Yo lo vi moverse— aclaraba la otra.

—Algo le hizo al muerto ese muchacho maldito! — dijo uno que llegó del patio con los ojos hinchados de miedo.

Y allí quedó todo porque una oración dicha a tiempo restauró el sosiego. Pero no fue por mucho rato, pues nuevamente el Pando se situó a los pies del muerto. Apenas lo vieron, las mujeres dejaron sus puestos acercándose al ataúd y los hombres, inseguros y dudosos, avanzaron también. Un silencio extraordinario entrelazó los ánimos. Entonces el Pando se sintió obligado a actuar. Por lo que pudiera suceder, apartó dos de los cuatro candelabros que alumbraban al muerto y colocando su cara junto a la del difunto repitió: “Sebastián”, pero esta vez el muerto continuó imperturbable. Fue entonces cuando apremiado por la expectativa, dijo aquella expresión terrible: “Ah, Patuleco relamío, te cabe una pelea de michos entre las patas”. Eso fue todo. El ataúd dio unos crujidos espantosos y cayó de los burros en que lo velaban. En medio del griterío aterrador de mujeres y hombres empavorecidos, el muerto se sentó ceremoniosamente en medio del féretro, tal como si llegara de un viaje involuntario. Era imposible describir lo que sucedía: rodaban las sillas, caían las mujeres, los hombres huían dando alaridos y en menos de un minuto sólo quedaron en medio de la sala el Pando imperturbable y el muerto que aún no entendía lo que estaba sucediendo.

—Bueno, Pando, y qué es lo que ha pasado en mi casa? —dijo tras una larga pausa.

—Nada, pues, Sebastián. Sólo que usted está muerto.

—Muerto?

—Como lo oye: Muerto!

Y como si no comprendiese a cabalidad cuanto le estaba ocurriendo Sebastián dijo con la inocencia de un forastero desprevenido:

“Tengo un hambre de tres días de camino”.

—No es de extrañar después de lo que le ha pasado— dijo el Pando y agregó: —Más por eso no se preocupe. Me quedan unos quesitos que si el señor me los compra podemos comérmolos entre los dos”. Y tras una pausa breve, el redivivo lo interrumpe: “Y cómo es que supiste, muchacho del diablo, que yo no estaba muerto?”

—Porque le vi un sudaíto en los cachetes y otro en los pies .

—Ajá. Y sabes una cosa, Pando? Yo oía a la gente hablar y gritar muy lejos. Pero sentía como si me encontrara solo en un llano ancho y claro, y me iba haciendo más chico: hasta creo que tengo las manos peladas de estarme sujetando en esa resbaladera.

—Entonces esa será la muerte, pues? — Y como si pensara lejos agregó: —Como le iba diciendo, no me querían creer que usted estaba vivo.

—Y qué hiciste entonces?

—Comencé a llamarlo “Sebastián, Sebastián”, pero usted ni por enterado se daba— explicó el Pando. —Así pues, no me quedó más recurso que gritarle: “Ah, Patuleco relamío, quien lo ve tan tieso y le cabe una pelea de michos entre las patas! ”.

Imprudencia irreparable la del Pando porque decirle Patuleco y volverse el hombre una fiera fue una misma cosa.

Desgraciado! ! – gritaba, mientras que como loco daba brincos insensatos por el patio. Y entre más gritaba “desgraciado”, más energúmeno se volvía. Fue así como cuchillo en mano se lanzó contra el Pando. Tres puñaladas le envió y tan criminales fueron que una le destrozó parte de la camisa. Qué podía hacer el Pando, solito allí con esa clase de muerto...? Raudo desenvainó su puñal y a una pasada del Patuleco, atacó a su vez. Fue una la cuchillada que lanzó el Pando pero mortal: el hombre se desplomó exánime sin un lamento siquiera, aquietado por una sangrante herida, justo sobre la tetilla izquierda. Entonces el Pando se dijo: “Ahora si que está muerto el Patuleco”. Como el susto se había llevado a la gente, cargó como pudo al hombre, lo metió en su caja, acomodó los cirios y simuló llorar al difunto. Momentos más tarde comenzó a regresar la gente mas como encontraron al muerto en su puesto, les pasó el miedo y prosiguió el velorio. Todo marchaba a las maravillas hasta que apareció la cosa: un hilo de sangre. Un hilo de sangre que caía del ataúd fue su perdición. Se armó nuevamente la algarabía.

Llegaron médicos, jueces, curas y muchas gentes de ocupación distinguida. Y eso fue todo, porque desde aquella noche el Pando cumple larga condena por matar a un muerto.

Panamá, 1952.

## EL METEOROLOGO

Primero me envolvió el estruendo de la chiquillería. Luego apareció por la esquina del italiano Monteverde cruzando frente a mí como un general victoriano. Sorprendido, no atiné ni a saludarlo, lo que por otra parte, hubiese sido ocioso, pues no se entretenía mirando a nadie. Pasó en una nube de ruidos dejándome escalofríos de curiosidad.

—Yo diría que es Diomedes— me dije, aunque debilitado por la incredulidad. Cierto es que la ausencia provoca cambios y que los cambios causan trastornos, pero de ser el que vi, efectivamente Diomedes, no hay duda de que la naturaleza se excedió en las sorpresas.

El inesperado encuentro con Diomedes hizo que olvidara el propósito de mi regreso, de modo que enrumbé a casa de doña Alejandra donde con seguridad se aclararía ese misterio que me acababa de salir al paso. Crucé sin apuros la plaza cuando serían las cuatro de la tarde, hora en que desde antiguo el pueblo comienza a desatarse las amarras de la siesta. Y allá estaba, en la penumbra del portal, doña Alejandra, con las puertas de su casa de par en par, alumbrada a ratos por los destellos del fogón. Y aunque para los forasteros era cosa de locos esa casa eternamente abierta junto a una fogata que jamás se apagaba, para el pueblo era muy natural la conducta de doña Alejandra. Más bien guardaban palabras de comprensión para su caso.

—La pobre Alejandra está de guardia...

Eso comenzó allá en tiempos que la memoria ni imagina, la mañana en que casi todas las casas de la plaza amanecieron adornadas con el “Cohete”. Hecho en papel de estraza, y redactado en el más hermético anonimato, el Cohete, literariamente hablando, era un irresponsable amasijo de honras ajenas. Y aunque desde los orígenes del pueblo la aparición furtiva del Cohete era esperada con el mismo desasosiego que el cometa Halley, la mañana en que el pueblo despertaba con la noticiosa aparición, podía asegurarse que ese era un día perdido. Si el regreso del Cohete ocurría en Domingo, la misa era tumultuosa y aún en la noche, la novena parecía salve de patronal, de lo bulliciosa y concurrida. Hasta de

pueblos vecinos llegaban curiosos a presenciar las consecuencias. Y toda la euforia que de pronto parecía sacudir un aburrimiento habitual, se alimentaba de las cosas atroces que publicaba el Cohete. Y aquél que cambió definitivamente la vida de Doña Alejandra estuvo particularmente dedicado a su honra. En él aparecía un dibujo muy riguroso de su modesta propiedad, donde figuraba, por ejemplo, una puerta trasera que muy pocos en el pueblo sospechaban pues siempre vieron la casa por el frente. Así mismo figuraba en el diseño un polígono a escala del patio de la casa revelando algo que inexplicablemente se desconocía también: que ese patio ino- cuo colindaba con una calle miserable, casi olvidada por todos, pero que a decir del Cohete, cobraba festiva animación noche adentro, con el ir y venir de los notables que visitaban a doña Alejandra por la puerta trasera. También se dieron en esa memorable edición del Cohete biografías minuciosas de algunos respetables del pueblo, usuarios puntuales de la puerta trasera.

Fue así como aquella mañana inolvidable, sin moverse del sitio donde ahora mismo se encuentra, mandó que le desgajaran sin romperlo uno de esos papeluchos insolentes y se lo trajeran para formarse ella su propia idea. Como sabía de las limitaciones de su educación, llamó a un muchacho muy enterado en estos menesteres y le dijo:

— Léeme lo que allí dicen porque por el alboroto que oigo ese Cohete es para mí.

Bastó una mirada para que el letrado le respondiera:

— Así es, doña Alejandra.

— Y qué dicen...?



—Cosas muy feas...

—Es natural— agregó con la mayor de las indiferencias.  
Y con la misma entereza agregó:

—Búscame al Corregidor. Dile que me urge hablarle.

Luego de conversar sobre los nuevos caminos próximos a abrirse, de la poca ayuda que recibía de las autoridades, del nuevo pozo artesiano que se abriría “porque, a la verdad, el que tenemos ya no da abasto y además está tan viejo que es más el tiempo que pasa dañado que prestando servicios”, trabajo que se debía a sus sacrificios y desvelos porque, la verdad sea dicha, ya en el pueblo nadie quería pagar la fagina, el Corregidor se sintió con fuerzas y autoridad moral suficientes como para escuchar a doña Alejandra.

—Así es que volvieron a aparecer los pasquines, señor Corregidor...

—Así es, doña Alejandra. Y créame que lo siento.

—Más lo siento yo, porque ahora me lo dedicaron.

—Así es, doña Alejandra.

—Y dígame una cosa, señor Corregidor, es que no ha pensado hacer nada contra esos vagabundos...? Me va a decir usted que no se imagina quiénes son los bandidos autores de este ultraje?

—Ni la más mínima idea, doña Alejandra.

—No será usted mismo uno de ellos, señor Corregidor?

—Su pensamiento me ofende, doña.

—Entonces, si no es usted uno de ellos, sólo quedan cuatro más, porque en este pueblo no pasan de cinco los que pueden escribir así.

—Tenga usted en cuenta, doña Alejandra, que hace más de veinte años vengo persiguiendo a esos bandidos y ésta es la hora en que nadie da noticias de ellos.— Y cambiando socarronamente el tono, añadió: —No le parece, doña Alejandra, muy raro eso de que nadie sepa nunca quién escribe el Cohete? Cree usted posible, conociendo como conocemos nosotros, que en este pueblo todo se habla, que a estas alturas nadie sepa nada...? No le parece a usted que con el trabajo que lleva hacer ese periodicucho hace años habríamos sorprendido a los culpables si fueran gato de casa? Para decirle la verdad, a mí me suena muy raro todo esto...

—Pues a mí no me suena nada raro— cortó rotunda doña Alejandra. —Si no es usted que puede y tiene cómo hacerlo y tampoco los otros cuatro vagabundos que también son capaces, entonces el autor de ese pasquín es el cura.

—A lo mejor lo hacen en otro pueblo...

—No sea usted idiota. En otro pueblo no conocen las cosas más que están escritas aquí— y mientras dejaba ir las palabras, estrujaba sin encono ni apremio el grueso y áspero papel, totalmente cubierto por una tosca y uniforme escritura. Y en tono amenazante agregó: —Y déjeme que le diga una cosa, señor Corregidor: si usted es tan inútil que no puede aclarar este asunto yo le voy a confesar algo: puede que yo no llegue a saber nunca quienes son estos bandidos que se entretienen con la honra ajena, pero lo que sí va a suceder es que este pueblo sucio no se va a divertir más de

esa manera; por lo menos, mientras doña Alejandra viva. Y por las cochinas dudas —y ésto va con usted, señor Corregidor —lo que es en este pueblo no aparecen más pasquines.

Dicho y hecho, porque eso fue, vaya usted a saber cuándo, pero lo cierto es que desde aquella memorable mañana, el pueblo vive como medio incompleto, esperando dos cosas: que regrese el cometa Halley y que reaparezca el Cohete, aunque todos temen con fundamento que ésto último jamás sucederá. Desde aquella célebre conversación con el Corregidor, precisamente el día en que se conmemoraba el décimo aniversario del Sitio de Aguadulce, fecha que coincidió con la última aparición del Cohete, doña Alejandra ha permanecido, día y noche, abiertas las puertas de su casa, la enorme lata de café sobre el fogón ardiente, vigilando desde el portal la inmensa plaza. Y si bien es cierto que ya no salen los pasquines, de otra parte ya no son tan necesarios, porque doña Alejandra los sustituye con más gracia y erudición.

—Ese portal es el crisol de la honra ajena— es el aterrador comentario que murmuran las señoras del pueblo.

Y como venía diciendo antes de estas recordaciones, cuando estuve frente a doña Alejandra se me olvidó lo que me trajo al pueblo y sólo me preocupaba saber de Diomedes.

—Buenas, doña Alejandra...

—Ay, hijo, tú por aquí...

—Así es.

—Va para rato que te perdiste. Y ya no eres tan muchacho nada— y como si hablara consigo misma —así son todos... A la larga, regresan....regresan siempre.

No se movió del asiento, pero, a un leve gesto, apareció una sirvienta que sin consultarme me ofreció café. En su rostro de vieja india morena estaba despierta la vigilancia. Nadie sabía en qué momento la dominaba el sueño, pero era asunto creído por todos que iba para los treinta años su vigilia.

—Oigame, doña Alejandra— dije como quien sólo busca conversación —y qué es de la vida de Diomedes?

—Hará cosa de unos minutos pasó con su fanfarria. El dinero se le ha subido a la cabeza y ya ni el suelo mira. Un día de éstos me vendrán a contar su costalada. Es todo un mindoño...

—Y a qué se debe tanta prosperidad?

—Ay hijo, en este pueblo ocurren las cosas más raras. Y aunque él se hace el misterioso, yo conozco la causa de su riqueza que no es otra que la causa de su mal. Ahora quiere que lo llamen el Meteorólogo.... El Meteorólogo. Y como lo llames por otro nombre ni escucha ni se digna mirarte. Lo que es a mí no me verá más porque ese nombre me enreda la lengua....

Y doña Alejandra me confió, paso a paso, la sorprendente historia de Diomedes, el Meteorólogo del Pueblo. Y a la luz de sus palabras se me alumbró el recuerdo porque en cierto modo fui testigo de la inesperada dicha de Diomedes.

El asunto es bien sencillo hasta donde yo conozco, que es como si dijéramos, hasta la mitad de su epopeya, porque la parte última relativa a su prosperidad, la ignoraba. Por aquellos tiempos andábamos Diomedes y yo por esas calles de Dios sin oficio ni beneficio. Un día cualquiera le apareció sobre el hombro un dolor pequeño que con el correr de los días le fue creciendo hasta paralizarle el brazo. El suceso nos servía más para bromas que para condolencias. Pero el mal progresaba. En otra ocasión, con el dolor le vino a las manos una hinchazón. Ya el asunto no era para bromas y sí para mortificaciones, sobre todo, porque el dolor se había escurrido hasta la pierna derecha. Entonces decidimos ir hasta donde el Maestro Elías, en los Olivos, a muchas horas del pueblo. Luego de examinar con cuidado los orines de Diomedes, el Maestro Elías dijo con voz sibilante: "Parece reuma, pero no es así". Eso fue todo. Le ordenó unas cataplasmas de belladona y si éstas no le servían que usara entonces parches de caraña metiendo los pies en agua tibia y fría alternativamente, a ver si aparecía el mejoramiento. Pero para cuando yo dejaba el pueblo, los quebrantos de Diomedes no cesaban, si bien los dolores se movían como las mareas. Por entonces consiguió un trabajo que perdió a los escasos meses, terminando con sus agonías en la cárcel.

Sucede que al Corregidor, al señor Cura y a los otros cuatro que en el pueblo sabían leer, más otros que sin saberlo aparentaban, se les ocurrió que, en vista de que ya el pueblo carecía de pasquines, no era digno, de una población que deseaba progresar, no saber de periódicos. Así, pues, encomendaron a Diomedes que caminara todos los días, unas tres horas hasta la carretera nacional por donde sí pasaban carros y atajara allí la camioneta que distribuía los periódicos a Santiago, Chitré, Aguadulce y Las Tablas. Que a como

diera lugar se procurara nueve periódicos que el pueblo necesitaba con urgencia. Y así lo hizo durante un mes hasta que por una conversación, Diomedes comprendió que ninguno leía los periódicos que con tanto esfuerzo él iba a recoger a la carretera. Así es que desde esa fecha en adelante, usaba los periódicos para sus necesidades, por lo que el pueblo volvió a su descomedia ignorancia del mundo exterior. Cuando le preguntaban: “Bueno, Diomedes, qué ha sucedido con los periódicos?” él se limitaba a responder: “Dicen que no hay periódicos en Panamá. Hubo una revolución y tumbaron el Gobierno. Los periódicos son peligrosos”. Y el asunto encendía tantas discusiones todas las veces que lo decía que jamás le preguntaron por el dinero hasta que en cierta ocasión, alguien que venía de la ciudad se sorprendió de encontrar, en las afueras del pueblo, una inesperada ruma de periódicos nauseabundos. Cuando le pidieron explicaciones, se limitó a responder que “como en este pueblo nadie lee, me aburrí de estar trayendo periódicos por el puro gusto”. La paliza que le propinaron y los días en la cárcel le devolvieron sus males con intereses. La hinchazón se le propagó a otras coyunturas y en cuanto al dolor, había momentos en que le agarrotaba el cuerpo entero. Así es que por puro experimento fue donde otro “maestro” quien luego de observarle cuidadosamente los ojos, olerle los orines y mirarlo al trasluz, le dijo sentenciosamente: “Para mí que lo suyo es incurable. Lo que tiene es artritis y se le va a poner peor”. Y cuando le preguntó si había algún remedio que lo aliviara, el Maestro le contestó que “para hablarle con honradez, mejor es que no perdiera su tiempo ni su dinero. Que para ese mal no había remedio y lo mejor que podía hacer era aguantar dolor como hombre y que se preparara porque esa era una enfermedad de machos”. Aunque parezca mentira, el Diomedes no se atemorizó con semejante diagnóstico. Por el contrario, sintió

que lo embargaba una gran resignación que sólo se vio turbada cuando a poco de dejar la casa del curandero, un agudo dolor le trancó las articulaciones y momentos después lo empapaba un sorpresivo aguacero. No dio importancia a la coincidencia pero días más tarde, ya en el pueblo, sintió que repentinamente aparecían los dolores y entonces, sí, se dirigió a media plaza y buscó afanosamente el cielo. Efectivamente, allá por el sur, se estaba formando el tiempo de agua que pronto se precipitó sobre el pueblo. Por esas coincidencias le fue agarrando el presentimiento de que su enfermedad algo tenía que ver con los aguaceros. Y apartándose de todos, se entregó a la observación. Entonces comenzaron a decir que estaba enloqueciendo y como la enfermedad le estaba torciendo los hombros y a ratos lo hacía caminar como rengo, todos dijeron que era víctima de un daño. Pero nada de estas cosas oía, embebido como estaba buscando nubes cuando lo acosaba el dolor. Y así pasaron años en que se fue deformando hasta que un día ya estuvo plenamente seguro del milagro. Se trataba de un alivio que le enviaba Dios para compensarle tanto sufrimiento. Y la comprobación vino sin aspavientos. Se encontraba una tarde en el billar, cuando a causa del dolor repentino, dijo:

—Va a llover.

—Con el sol que hace?

—Con el sol y todo, va a llover.

Ante la incredulidad unanime, momentos después se desprendía sobre el pueblo un tremendo chaparrón. Todos se miraron, más que con admiración con burla, pensando que eran ocurrencias propias de una persona que se está volvien-

do loca. Pero lo memorable sucedió el día 17 de julio, dicho mejor, la tarde de ese día, sagrado en el calendario del pueblo, porque es el dedicado a la Procesión de la Virgen del Carmen. Como pocos años, este 17 apareció espléndido, con brisa fresca y sol claro. Calles y gentes se atragantaban en el bullicio, agradecidos del buen tiempo. En la Iglesia todo era afán y entusiasmo y hasta el padre mismo gritó con voz que parecía afectada por el aliento espiritual:

–Es hora. La procesión a la calle. Saquen la Virgen.

Cuando ya los conocidos notables movían el anda y los niños de la escuela formaban la calle de honor, se oyó, en el recinto sudado de la Iglesia, la voz de Diomedes:

–Mejor no, Padre.

–Quién habló? – preguntó el sacerdote, buscando con la vista lo que le precia un irrespeto.

–Yo, Padre– insistió Diomedes.

–Y qué es lo que quieres....?

–Yo nada, Padre; sólo decía que no moviera la Virgen....

– Que...qué decís...?

Que mejor demore la procesión, Padre....

–Y eso por qué, si se puede saber? – replicó burlón el sacerdote.



—Porque va a llover!

—Llover con esta tarde tan bella y más siendo el día de la Virgen...?

—No salga Padre que va a llover....

El tumulto que se formó a la señal del Padre lo echó fuera de la Iglesia y se inició la procesión. Iba soberbia la Virgen sobre un amplio nido de flores, cubierta por las alas de gigantescos ángeles mientras el anda, entre pujidos y dolores, avanzaba a hombros de los notables. Pero no habían pasado quince minutos, cuando sobre el pueblo, como una maldición, se desgajó un tremendo aguacero que más parecía vendaval. En medio del desconcierto, la Virgen era arrastrada de un lado para otro mientras los notables, asustados por el fragor de la tormenta, se escondían bajo el anda sagrada, al tiempo que el cura gritaba frenéticamente pidiendo ayuda y solicitando compostura:

—Ayuden.... ayuden que la Virgen se nos cae.

Pero en medio de los ángeles que rodaban, los niños que lloraban enloquecidos y los truenos y relámpagos que caían en gajos sobre el pueblo, nadie era capaz de atender razones, dándose los más a la fuga, por lo que aquéllas han sido las fiestas de más ingrata recordación. Sólo a los días, cuando el fragor del acontecimiento se disipó y el pueblo recobró la cordura, se reconstruyeron paso a paso los sucesos. Fue así como llegaron al convencimiento de que cuanto ocurrió fue castigo de la Virgen por desobedecer su solicitud. Y cuando alguien incrédulo preguntó:

—Y quién dijo que la Virgen avisó?

—Todo el mundo lo oyó— le respondieron— La Virgen habló por la boca del Diomedes. El advirtió que sobre el pueblo se abalanzaría el diluvio y nadie le hizo caso. Esa es la verdad, señores...

—Y entonces— me dice doña Alejandra, —de ese percan-ce nació la prosperidad de Diomedes. Sabes una cosa, muchacho? Cuando el Diomedes vió que le echaban de la Iglesia y que no le hacían caso y cuando poco después comprobó la veracidad de su presagio, se sentó allí en donde estás ahora mismo y me dijo: “Sabe una cosa, doña Alejandra...? Voy a pronosticar...” Dicho y hecho. La fama se corrió por todos los contornos. De comarcas lejanas; de pueblos distantes; y dicen que hasta de la misma capital vienen a consultar a Diomedes a quien ya todos llaman el Meteorólogo porque según dicen, pronostica el tiempo. Y allí esta su felicidad porque tengo que decirte, que el Diomedes cobra, y cobra fuerte. Que si vas a sembrar arroz, te pregunta cuántas hectáreas, en dónde estarán y sólo después de que pagas el diez por ciento de lo que esperas cosechar, te pronostica. Y así hace con todos. Si te das la vuelta y pasas por su casa verás la fila de ganaderos, agricultores, pescadores, en fin, de gente que espera consultarle. Y la algazara que oíste antes, es la que arma cuando decide hacer pronósticos. Ahora mismo todo el pueblo está a la espera de su palabra. Camina por allí y verás que nadie se mueve de su casa esperando el pronóstico del meteorólogo.

--Así es la cosa, doña Alejandra....

- Así es la cosa, muchacho. Si el ganadero va a herrar, primero habla con el meteorólogo. Si vas a estaquear una cerca y quieres saber si tendrás lluvia, el meteorólogo te lo

dice. Y últimamente está que pronostica los cuartos de la luna junto con las llovidas. Por eso cobra más....

—Estará muy rico....

—Riquísimo, hijo. Con decirte que últimamente hasta las mismas autoridades solicitan sus pronósticos.

—Por eso es que ni me determinó.... Y de su enfermedad qué?

—Bueno, ya ni la siente porque cuando lo visitan los dolores es que pronostica, así es que la felicidad esconde el mal.

—Doña Alejandra— digo yo a modo de colofón —en este pueblo nunca ha de faltar una novedad...

—Así es, hijo. Dios nos quitó los pasquines pero nos ha traído un Meteorólogo.

diciembre 1974

## SALINAS! !

Esa mañana el mar amaneció lejos, con la cara llena de brumas. También, con largas ojeras grises allá donde la costa se desvanecía. Un amasijo de chirros escandalizaba en la playa cuando desde el hondón del manglar se desprendían largos chillidos. De rato en rato tumultos de gaviotas se apoderaban del cielo.

Visto así, el mar no daba miedo: terso, gris, distante, parecía sencillo y bondadoso. Pero hay más: aquí, sobre este promontorio, él, confiadamente, espantaba recuerdos con una sombra. Porque esto es de ver: tierra y agua; agua y tierra y nadie, nadie más.....! Pues, así son y ésto son las salinas: el rancho cubierto con latas viejas alzando al viento, —como una bandera en retirada— un pedazo de camisa descolorida. Es la cueva al socaire de una piedra donde un hombre enfermizo espanta mosquitos con el sombrero. Y es también la ranchería —largas pencas muertas— más un muchacho lleno de piojos, baba y sol, que vislumbra el futuro cuando araña la frente hosca de los destajos.

Aquella noche....! Y el mismo escalofrío empezaba a abrirle las piernas. Fue un rugido, cada vez más cercano del mar poderoso, lo que le hizo creer que la cabeza se le había cuarteado? Es que todo, todo parecía inútil. Hasta las mismas piedras se agacharon para que el mar pasara, porque a lo largo de la extensa salina estaba de guardia el miedo. Sólo la vigilia transitaba —horas y horas— sobre la tierra de sal. Los otros habitantes? El silencio y la espera, la profunda espera atalayando lo imprevisto. De pronto se alargaba una voz:

—Cuidado, salineros...!

Al momento todo quedaba estático, afónico, pero así mismo, súbita, inesperada, otra voz distante respondía:

--Aquí, salinero, al tanto!

Se entrometía otro guión de silencio que se astillaba, poco después, en una llamarada de gritos. Y así, para espantar al miedo, azotaban con ruidos las sombras densas de la salina.

—Aquí, Matías!

—Matías, por acá!

—Animo, que el miedo espanta!

Para qué buscar la geografía de esas palabras? En alguna parte de esa noche salinera estaban. Además, sólo había un sitio: frente al mar; un habitante: el miedo.

La piel, los vellos, la mirada inútil, el cuerpo tenso, todo buscaba asilo entre el temor de ahora y el amanecer lejano, y así, por ello mismo, hasta el aullido sangrante de un gato en el manglar se aproximaba como un saludo. Sí, éstas son las cosas que podría relatar de la madrugada aquella que aún le sobrecoge.

Muchas veces le dijeron que la sal tenía meficio, que estaba embrujada, pero él siempre alegó que se trataba de calumnias, de sucias mentiras. Lo cierto es que de tanto cuento y rumor se le fue hinchando el alma de odio, de celos, de miedo. El asunto se hizo violento cuando el probó, mejor es decir la verdad, cuando se acostumbró a paladear los destajos para ver si el agua del mar maduraba. Tonterías: la sal era dulce.

Llegó como esas tormentas que se ven azules a lo lejos: sólo se las siente cuando espantosamente apalean la costa. Tal vez fue en los pies, en las manos, en la cabeza misma en donde empezó la tragedia. Lo cierto es que de pronto se sintió rodeado de enemigos hambrientos, de hombres que lo acechaban. Incluso hasta receló de su hermano. Por qué también de él? Acaso porque lo consideraban el mejor salinero, porque sus destajos eran los más limpios y cuidadosos? Si

las salinas fueran tuyas, sólo tuyas! Entonces comprendió que su hermano no sentía ningún cariño por esas parcelas de agua donde se aprisionaba al mar en celdas de barro. Fue el inicio. La increíble lucha por la posesión. Un odio muy grande —ya lo dijo— empezó a brotarle contra ese usurpador estúpido. Por qué no dejarle los destajos a él, a él que los protegería más que a todo el mundo? Pero nadie parecía comprenderle y empezaron a murmurar que estaba enfermo, que la malaria lo estaba volviendo loco y hasta llegaron a decir que el “maleficio de la sal lo estaba matando, porque eso de tomar agua de los destajos le estaba aguando la sangre”.

En realidad, fue un tumulto de cosas, de accidentes que se amontonaron sin que se diese cuenta. Un atardecer, después de cena, su madre le dijo:

—José Antonio, dicen que no estás bien. Que andas y andas por las salinas; que te las pasas probando destajos. El mismo Fabricio dice que te estás volviendo loco.

Entonces intervino Fabricio para decir locuras:

—Mama, siempre lo mismo. Que si por aquí, que si por acá. Mama, es cosa de maldición. Día y noche, día y noche en los destajos, como si la mar se los fuera a tragar para siempre.

Y eso era cierto, totalmente cierto. Porque hasta en invierno, cuando todos los salineros se olvidan del mar y se empeñan de todo corazón en trabajar los montes, él se aventuraba, con la marea baja, a caminar por las isletas, a caminar y caminar por esa llanura de sal, con los pies y las manos

llenas de ese lodo especial, sin saber, es la verdad, qué buscaba.

Una vez, tarde en la noche, él andaba por las isletas. De pronto, en el claroscuro descubrió una sombra que avanzaba a su encuentro. La cólera le viró los ojos porque fue como si ese fantasma invadiera un territorio de carne y hueso suyo, muy suyo. Como a cien metros de distancia gritó algo, pero no le respondieron.

Más cerca ya, se confirmó el presentimiento: era Fabricio, su hermano, que le decía dulcemente:

—José Antonio, estás todavía tanteando los destajos y mira que ya el amanecer está encima.

Permaneció silencioso mirándole los ojos que no se le veían. Entonces fue aquello: como un gato herido le saltó a la cara. Rodaron por el barro. Trató en vano de enterrar la cabeza de Fabricio en ese lodo especial. Mientras le buscaba los ojos para hundírselos, para sacárselos, berreaba como un gato hambriento. Lucharon salvajemente no sabe qué tiempo. Cuando el cansancio y la sangre que se derramaba trajeron la paz, Fabricio, lanzándole un puñado de ese lodo a la cara, le gritó:

—La sal es sal, hermano, está maldita! !

Y vio la espalda de Fabricio grande, inmensa mientras desaparecía hacia el amanecer. Porque entonces, la madrugada daba tumbos por los manglares.

Pasaron años, pues. El tuvo que irse porque todos empezaron a decir que el maleficio de la sal se le había metido



en la sangre. Le huían, se le apartaban. Hasta su misma madre se tornó silenciosa, esquiva, con los ojos siempre turbios por un llanto reprimido. Su hermano subía a los montes y cuidaba la casa, silencioso como una sombra. Qué hacer? Se fue, pues!

Ahora ha regresado, luego de muchos años, sin saber por qué. Hay muchas cosas que nunca se saben...! De modo que si le preguntaran qué vino a buscar, nada podría responder. Pero los salineros nada le preguntaron. Tampoco su madre ni Fabricio. Fue como si nunca se hubiese ausentado. Todos lo miraron tal que si sólo mediase una noche de malos sueños. Su madre lo saludó con la misma luz en los ojos que le conoció siempre. Fabricio abrió su fraternal sonrisa y le habló con seguridad y confianza. Los otros, el pueblo, los viejos y nuevos salineros, esos, esos dijeron las mismas palabras, hicieron los mismos gestos, pero nadie le preguntó nada.

Por ello mismo, ahora, solo aquí sobre este promontorio que llaman El Gallo, después de tantos años de ausencia, espanta ese tiempo de malos sueños con una sonrisa. Es que ahora puede mirar a su hermano, a los trabajadores del mar, es decir, puede mirar sin espantos. Está curado del maleficio, del maleficio de la sal.

Esa tarde —la primera desde el regreso— se sumó al batallón de salineros que caminaba silencioso. De vez en cuando, uno, el más joven, lanzaba piedras a una garza pensativa. Y sobre las aguas del mar que golpeaba a uno y otro lado del camino, se escuchaba el sordo discurrir de los pasos.

Entonces comprendió por qué no le preguntaron nada, ni lo determinaron siquiera. Viendo las viejas isletas, idénti-

cas, exactas, descubrió la razón: todo seguía igual. Las garzas, los patos, el chillido de las gaviotas, hasta el árbol de guabas sobre el promontorio, seguían iguales. Sintió de pronto la tremenda verdad: él nunca se había ido, siempre estuvo allí y las salinas seguían siendo suyas, suyas...! Justamente en el instante en que sus pies tocaron el agua, descubrió que las piernas se le abrían, y se le encaramó a la cabeza un rugido espantoso: el maleficio estaba allí...!

Llegaron. Más allá de la mata de mangles, el mar. Por la tierra de lodo negro partida en cuadros, los hombres se fueron dispersando. El, José Antonio, caminó derecho a sus destajos y los contempló largamente. Estaban limpios, cuidados. Ni por un momento pensó que en su larga ausencia, Fabricio tuvo la voluntad de trabajarlos. No; ese era su trabajo de ayer, de anoche y por eso sus destajos lo recibían con la cara limpia. Sonrió. Al mismo tiempo, un zumbido lejano recordaba que la noche venía del mar.

En eso se le acercó Fabricio. Después de mirarle por muchos siglos, dijo:

—Acuérdese: el hermano es hermano y la sal es sal.

Quiso responder algo, pero no pudo. Fabricio se alejó con paso lento.

Pensó entonces que Fabricio tenía cara de espanto. A qué vino? Acaso ese zumbido que llegaba del mar algo significaba? Bah....! Ciertamente es que eran los días bravos de Marzo. Mareas altas en el océano inmenso, y por acá, aguajes! Pocas cosas hay que espanten más a un salinero que el aguaje. Es que, a pocos metros del misterio poderoso del mar, está el

trabajo de toda su vida, trabajo hecho con las manos, muy frágil, hecho de lodo especial como todas las cosas del hombre. Tienen tantos enemigos las salinas....! Porque son millas y millas de hombres y tierra que roban la sal al mar. Puede romperse una de las murallas de barro, y, anegándose los destajos, todo se habrá perdido. Puede también suceder lo contrario: si son muy bajas las mareas, no subirá el agua hasta las trampas. Podrá el sol entonces venir mil veces, pero no habrá frutos para el salinero. Sucede también, en esa agonía mortal que son las bajas mareas, que un salinero trunca con maña y felonía el canal que lleva agua a otros destajos para obligarla a quedarse solamente en los suyos. Otras veces es un hoyito imperceptible que hizo un cangrejo inquieto, el que permite que se inunden los destajos y aparezca la catástrofe. Por ello, cuando la naturaleza es buena, los salineros ríen. No tienen que andar en la noche vigilando a los otros salineros, ni rezar porque el mar ruge ante sus propios ojos. Tampoco temen a la muerte espantosa de las inundaciones, pues prefieren permanecer hasta lo último como amarrados a sus destajos.

Ah.... hay tantas cosas que amenazan la esperanza de los salineros....!

Ya anda el aguaje por allí. Parece mentira como odian al mar ellos que viven de él. Porque su caso no es como el de los pescadores que toman el canalón y se pierden en el océano. En las balandras poco importa que llueva o truene porque allá, donde termina el último brazo de tierra, están los corrales con sus trampas abiertas para que desprevenida-mente entre el pescado. Para ellos, los pescadores, es el aguaje una gracia de Dios, porque el pez se entrega sin esfuerzos a sus manos, es decir, a sus corrales. Pero acá, en las salinas, la cosa, la vida, es muy distinta.

Está zumbando el aguaje en los confines del mar. Por eso sería el espanto de Fabricio? Por eso había bruma en sus ojos? Entró a la ranchería para amontonar algunas piedras y uno que otro pedazo de lata por si llegaban a ser necesarios. Cuando volvía a la puerta regresó Fabricio ofreciéndole una ancha sonrisa, pero nada se dijeron. Ni siquiera respondió a esa sonrisa. Qué se traía entre manos? Por qué esa manía, ese gusto de estar dentro de sus destajos? Pero también había temores en los ojos de Fabricio! Todo debía ser por causa de ese zumbir atroz de los agujajes. Sin embargo sintió alivio cuando lo vio alejarse. —ancho de espaldas— hacia su reparto.

Ya estaba encima la noche y a intervalos prendían las luces en las rancherías. El viento del mar forcejeaba tenazmente en los manglares al tiempo que el frío de la noche se agarraba a las manos y al cuello. Pensó dormir la prima noche y velar la madrugada, pero una especie de recelo, de presentimiento, le vigilaba. Salió a la puerta: nada, sólo la noche honda y larga sobre la tierra de sal. Dónde estaban los hombres que llegaron al atardecer? Allí, acá, en alguna parte, porque esa luz que se apagó enseguida no tiene geografía. Sí, aquí se está solo, absolutamente solo y es muy fácil perderse porque en las sombras salineras se disuelven los puntos cardinales. Cuando el aguaje es alto e inunda hasta la ranchería, el hombre, por valiente que sea, huye por miedo al mar. Si es fuerte se salvará sólo él porque nada podrá detenerlo. Ni aún si se le agarra a las piernas una voz que grite: “Auxilio, me pierdo, me ahogo! !” Será su muerte y allá él. Si está vivo al amanecer, fácilmente encontrará el camino con la marea baja, pero ahora, a esta hora, ni el diablo mismo dará con ese salinero en apuros. Pero, recuérdese, si es fuerte se salvará: abrazado a un mangle o colgado

de una roca providencial. Si no, amanecerá cadáver en el mar.

Pensó de nuevo en dormir, pero un miedo repentino lo hizo dirigirse hacia la canal madre que pasaba a la izquierda de la ranchería. De pronto se detuvo a escuchar. Ah, allí venía la cosa...! Del mar... del mar, de más allá de los manglares, venía ese zumbido profundo que erizaba los vellos.... Casi al mismo tiempo una voz resbaló por la llanura de sal:

—Estamos, salineros...?

—Tamos— respondió otro cualquiera.

—Listos? — preguntó alguien.

—Que venga, pues! — le contestaron.

Con evidente determinación en los ojos revisó rápidamente sus destajos. Pulsó los cuartos y sonrió. Así mismo constató que el rodeo estaba cuidadosamente construido. Nuevamente alguien gritó a lo lejos:

—A prepararse, salineros!

Y fue precisamente cuando los manglares empezaron a gemir estremecidos por el mar y los vientos, que sorprendió de pronto que ya las aguas estaban muy cerca, que nada las contendría. Sí, ese zumbido que caminaba era el mar avanzando contra las salinas. El rugido de los manglares iba agrandándose, porque el viento lo azuzaba. De pie sobre sus destajos esperaba. En medio del rugir del aguaje invasor descubrió, milagrosamente, el rastro de un cangrejo. Corrió desesperado a triturarlo con las manos. No era fácil afirmar-

lo, pero parecía que el mar, aconsejado por el viento, equivocaba el rumbo: entraba por el sur. Eso le aflojó el pecho y las piernas abiertas se le enterraron un poco más en el barro. Si el viento continuara soplando en esa dirección, hasta podría dormir. En eso, inesperado y violento, un grito tremendo sacudió la noche:

—Caray, se me aniega!

Y ante el silencio que le respondía, volvió a escucharse la súplica desgarradora:

—Salineros, caray, que me pierdo....!

Era inútil, nadie se movería. No había prójimo ni compasión frente a la naturaleza hambrienta. Cada cual a lo suyo. Cada salinero frente a sus destajos para salvarlos. Pero era él, Fabricio, su hermano, el que gritaba desgarradoramente, el que se perdía, el que luchaba contra el aguaje que entraba aullando como mil lobos heridos. Era Fabricio que seguramente se hundía con los grandes ojos espantados, preso hasta las rodillas en el barro de sal, esperando inerte las olas inmensas que avanzaban.

—Salineros, auxilio, auxilio!

Era su hermano, su hermano Fabricio, el que le sonrió al atardecer y que ahora, en medio de la noche, luchaba inútilmente contra la muerte. Estuvo a punto de correr en su ayuda, pero algo lo contuvo. Qué le sujetaba? Las piernas abiertas por donde pasaba el agua? Se volvió hacia sus destajos y sonrió cariñoso.

—Ay, no me dejen solo! Salineros que me pierdo, me pierdo! —la voz resbalaba por sobre el ruido de las aguas con un acento que espeluznaba, que hacía llorar. Pero él sólo pensaba en sus destajos, en su cosecha de sal. Una cólera oscura, negra, le sacudió la cabeza cuando oyó que lo llamaba:

—Ay, José Antonio, mi hermano, ayúdame! Ayúdame que me pierdo!

Y segundos después, más tenue ya, Fabricio insistía:

—Me ahogo... auxilio! Me ahogo!

En ese mismo instante oyó carreras locas de otros salineros que iban hacia Fabricio mientras hablaban para animarse:

—Hay que ayudar al hombre.

—Pobre, no hay que dejarlo solo.

Sentía como si le tiraran piedras, pero no podía moverse. El tropel crecía, crecía y a veces se escuchaba una voz:

—José Antonio, dónde está usted?

Pero él ni a contestar se atrevía. Sólo le quedaban ojos y manos para sus destajos.

No podría decir cuánto tiempo duró aquella noche. Tampoco le importaba. A la luz del día comprobó que sus destajos estaban enteros, salvados. Con una sonrisa alegre co-

rió la vista en derredor. Allí estaban los hombres, diseminados por toda la salina como árboles secos. Muchos, pero muchos destajos estaban anegados, destruidos. La cosecha, la esperanza de esos acobardados trabajadores del mar estaba perdida, enlodada, como sus caras, como sus brazos, como sus cuerpos. Entonces vio venir a Fabricio al frente de un pelotón de sobrevivientes. Quiso correr para decirle: “Mira, mira mis salinas, están salvadas! ”, pero no pudo, no se atrevió. Eran unos cuantos hombres de lodo que se detuvieron a escasa distancia. Fabricio con los ojos rojos y los puños contraídos, le dijo suavemente:

–Hermano, la sal es sal, oyó? Es sal...!

Se fue con sus espaldas inmensas. Acá, por la albina, quedaban otros hombres andando y andando como fantasmas. Miró una vez más al grupo que se iba. En ese momento un rayo de luz le estremeció la cabeza. Corriendo desesperadamente hacia la ranchería arrancó una vara y se dirigió a los destajos. Con lágrimas en los ojos fue destruyendo los cercos, pisoteando el rodeo, abriendo huecos mortales en la pared que separaba los destajos de la canal madre en donde todavía estaba el mar. Las aguas entraron a borbotones, jubilosas, hambrientas. Pronto estuvo todo anegado, deshecho: sus salinas, sus destajos, eran ya el mar.

Lanzando la vara asesina a las aguas, gritó:

–Maldita sal!

PANAMA, 1950.



